



TODOS SE ESCONDIERON YA

Una novela de
YURI V



EL GRAN
PEZ





Yuri V,

Todos se escondieron ya / Yuri V. - 1a ed. - Mar del Plata : El Gran Pez Editor, 2022. 382 p. ; 23 x 15 cm. - (*La novela del verano*)

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. I. Título.
CDD A863



Equipo editorial:

Francisco Casadei
Alejandra Rumitti
Esteban Prado
Manuel Passaro
Santiago Fernández Subiela
Sebastián Chilano

Comité lector

Guillermina Romero
Sofía Bras Harriot
Lucio Ferrante

Dis. & Dib.

M. P.

©Yuri V, 2022

©El Gran Pez, 2022

ISBN: 978-987-48848-0-0

Hecho el depósito que
indica la Ley 11.723

EL GRAN PEZ
Librería & Editorial

www.elgranpez.com.ar
www.instagram.com/elgranpezlibros
www.twitter.com/elgranpezlibros
elgranpezlibro@gmail.com

San Luis 2130
Mar del Plata

TODOS SE ESCONDIERON YA

Una novela de
YURI V

Esta es una historia real.

Sucedió en Mar del Plata en marzo de 2020.

Por solicitud de los sobrevivientes se cambiaron sus nombres.

Por respeto al difunto y al condenado todo lo demás se relata tal y como ocurrió.

Diego y Malena / Día 1 / 14 horas

Ruta 2 / km 137

En un cartel verde Diego lee que faltan 10 kilómetros para llegar a Lezama. La palabra “Lezama” no le dice mucho. No importa. A través del retrovisor, Diego cree que Malena parece dormida. Mejor así. De inmediato otro cartel —este es de color blanco— le indica que se aproxima a un control de velocidad. Fiscalización. Lo mismo hace la voz del GPS. Diego toma todos los recaudos, suelta el acelerador y regula la velocidad para estar por debajo del límite.

—Lezama —repite a media voz.

Diego está convencido de no haber pasado nunca por ahí. ¿Será un pueblo nuevo? Trata de concentrarse en cosas simples, pequeñas, para no delatar la importancia de la pasajera que duerme atrás. Es su hija, sí, pero ¿es legal lo que está haciendo? No, no puede ser legal. La única vez que viajaron a Mar del Plata fue cuando Ailén tenía tres meses de embarazo. Malena iba en la panza. ¿Eso cuenta como un viaje para Malena? Aunque su hija todavía no tenía nombre, como Lezama, que entonces tampoco se llamaba así. O él no lo recuerda, quizás no iba atento a las ciudades como ahora. En la radio suena “Paisaje”, Diego la escuchó mil veces, pero ahora descubre la letra: “Una vez los dos dijimos *hay que separarse*, mas deshicimos las maletas antes de emprender el viaje.”

—Qué mierda es la nostalgia —murmura.

Le parece asombroso que la autovía se convierta en una avenida de pueblo. “Máxima 60” dice otro cartel. No, el pueblo no

puede ser nuevo, piensa mientras mira las casas bajas y viejas, las estaciones de servicio salidas de postales de los '80, una plaza, los eucaliptos altos. Todo es viejo, solo la YPF y la camioneta de la caminera parecen nuevas: delante de la última estación de servicio espera una patrulla con dos policías que hacen gestos a cada auto que llega frente a ellos para que baje la marcha. Diego traga saliva. ¿Y si lo paran? Puede pasar, eso puede pasar. Se lo viene diciendo desde que salió de Buenos Aires. Te pueden parar y es fundamental estar tranquilo para que no pase nada.

—¿Dónde estamos, papi?

Diego saca los ojos de la ruta y mira por el retrovisor a su hija parada en el asiento del auto.

—¡Sentate! —le grita en un brote de odio, atento de mantener la cabeza hacia el frente.

Malena se deja caer, primero sorprendida, después, asustada. Diego se enfoca en la ruta, sin perder de vista a uno de los policías. Hace señas al auto de adelante para que pare a un costado.

—¡Ponete el cinturón!

Diego pasa frente a la patrulla, sin llegar a hacer contacto visual asiente cuando le indican que avance. Siente el llanto apagado de su hija. Por el espejo, Diego controla al policía que nunca se da vuelta. Después mira a su hija que llora con la cabeza caída y los pelos en la cara.

—No, mi amor, no quise gritarte.

Diego estira la mano derecha. Trata de acariciarle la cabeza, pero Malena contorsiona su cuerpo y acurruca sus seis años en el asiento. Diego pone de nuevo las dos manos en el volante.

—Zafé —se repite mientras Malena apaga en hipo su llanto—. Zafamos, mi amor.

Roxana y Martín / Día 1 / 14 horas

Mar del Plata / Hipólito Yrigoyen 1991

Roxana se sienta sobre el borde de la cama. Se viste con pereza, con lenta determinación. Martín sigue acostado y la mira hacer, disfruta. Ensayo una caricia, pone la mano en su espalda.

—Está helada —se queja Roxana.

Martín se sienta. Retira la mano.

—Hoy viene mi hermana y su novio —dice Martín.

Ya me lo dijiste.

—Por eso no te podés quedar.

—Por eso me estoy vistiendo.

Roxana se pone el pantalón, se para. Martín la mira. Ella lo ignora. Sin embargo, no parece enojada, ni ofendida. Sólo mantiene una distancia desconocida para él, de una elocuencia indescribible. Toda la mañana fue así. Martín no quiere preguntarle si le pasa algo, pero lo hace.

—Le dije a mi marido —contesta Roxana.

Martín se tapa. Se siente desnudo y quiere estar solo, dormir. No quiere que llegue su hermana, ni su cuñado, ni que nadie en el mundo se mueva más de un lugar a otro. Cierra los ojos. Pide un deseo: todos encerrados para siempre. Y Roxana encerrada con él.

—¿Qué le dijiste?

Rubén y Mirtha / Día 1 / 14 horas

Aeropuerto Internacional de Ezeiza

Rubén no está acostumbrado a que le hablen durante el viaje. Sus pasajeros suelen ser personas silenciosas, cansadas, ocupadas; personas que se presentan ante él —casi nunca tiene que buscarlas— y le tiran sus valijas para que las cargue en el baúl. Después se acomodan en sus asientos y le piden que no hable. “Silencio, chofer, tengo que hacer una llamada”. Cuando cortan ya no vuelven a dirigirle la palabra.

Esta vez las cosas suceden de un modo distinto. En primer lugar, porque el vuelo llegó puntual pero su pasajera demoró casi dos horas en encontrarlo. Rubén estuvo un buen rato a la espera, con el nombre de ella escrito en un cartel, y no apareció ninguna Mirtha. En segundo lugar, porque no tiene que cargar bolsos ni valijas. Sólo una cartera que ella no va a soltar. Y, en tercer lugar, porque parece que la mujer nunca va a dejar de hablarle.

—Vamos, querido —le dice la señora con un español nativo oxidado.

Rubén duda, ¿será ella?

—¿Mirtha?

La señora sonrío y le alcanza el pasaporte. Es ella, sí. Antes de que se lo devuelva, Mirtha lo agarra del brazo para salir. Caminan hasta el auto. Rubén le abre la puerta, espera a que se suba, cierra la puerta. Da la vuelta y abre el baúl para dejar el cartel con el nombre de la mujer. Es como si la encerrara, piensa cuando baja la tapa del baúl sin haber dejado ningún bolso adentro. “Mirtha”, solo un nombre. No es supersticioso, pero el gesto de recoger un

pasajero sin equipaje merece un exorcismo breve. Como cuando los sábados llovía en el autódromo y la pista se complicaba para la final del domingo.

—Vamos, querido, por favor —repite la señora Mirtha como si hubiera sido ella la que esperó casi dos horas.

Él se acomoda en el asiento del chofer.

—Vamos. Vamos.

Rubén se pone el cinturón de seguridad. Coloca la llave, enciende el motor, las luces. Todo es una ceremonia secreta. Incluso su sonrisa.

Mira a su pasajera por el espejo. La mujer parece dormida: tiene la boca abierta, ligeramente de costado, con el mentón apuntando por la ventanilla hacia el aeropuerto.

—Mi nombre es Rubén, señora.

Enciende el motor del Mercedes Benz.

—Rubén, creo que perdí el pasaporte. Quizás lo olvidé en el avión.

La mira.

—Acá lo tiene, me lo acaba de dar.

Mirtha sonrío.

—Qué tonta. ¿Y a dónde vamos, Rubén?

—A Mar del Plata, ¿no es así?

—Eso mismo —dice Mirtha y aplaude—. Eso mismo, Rubén. Vamos a Mar del Plata. A ver a mi amiga Graciela. En Mar del Plata.

Roxana y Martín / Día 1 / 14.10 horas

Mar del Plata / Hipólito Yrigoyen 1991

Roxana mira el piso del ascensor. Martín busca sus ojos en el espejo pero nunca los encuentra. Martín no lloró. No demostró nada. A lo mejor era lo que ella esperaba, no ese silencio hostil que los acompaña cada piso que bajan. Martín intenta una propuesta más, una alternativa, algo. Pero la verdad es que se siente —se sabe— un cobarde. Tantas veces hablaron sobre una hipotética separación de Roxana. Tantas veces planearon hacer un viaje de festejo. Un viaje de liberación. Tantas veces él le dijo “te venís a Mar del Plata”. Ella sonríe, en silencio, sabia. No iba a suceder nunca, lo sabían. Ni aunque dejara a su marido. Tantas veces Martín anunció otro final para ellos que ahora, que no habla, que no cumple con la promesa de invitarla a vivir con él, se siente un cobarde, sí, pero también se siente liberado.

—No te angusties, Martín —le dice Roxana—. Yo no esperaba más de lo que me diste. Siempre supe que mi historia con vos cerraba acá, así. Fuiste una hermosa forma, supongo, de encontrar fuerzas para salir del infierno. Y por eso te voy a estar siempre agradecida. Y no te voy a pedir ni reprochar nada. No abras esa hermosa boca, no arruines nuestra despedida con palabras tontas. Me voy y está bien.

Martín le sostiene la mirada.

—¿Es por la edad?

—Es una manera compasiva de verlo. Son quince años. Puede ser un motivo aceptable.

—Catorce años me llevás.

—Aunque fueran veinte, no es nada, no hay nada que hablar. Una vez que cortes con el apego, vas a ver mejor todo.

La puerta del ascensor se abre. Martín acerca la mano a su hombro, duda. Le dice que pueden subir. Quedarse un rato más en el departamento. Pensar algo. Roxana sonríe. Es la primera en salir del ascensor rumbo a la puerta del edificio.

Noah y Adrián / Día 1 / 14:10 horas

Ruta 2 / Estación de GNC en Lezama, zona urbana

—Voy a bajar de la ruta para cargar gas —dice Adrián.

—Cada doscientos kilómetros la misma historia —se queja Noah.

El padre no le contesta. ¿Qué puede decirle? Pone las balizas y baja la velocidad para llevar el auto hasta la banquina, se desvía por la calle que conduce a la estación de GNC.

Se bajan, como marca el reglamento. El playero saluda con un gesto que va de la sorpresa al horror, ida y vuelta. Adrián le pide que se apure si tiene que ir al baño, Noah le contesta que quiere tomar una gaseosa.

—Bueno, andá que ahora te alcanzo.

El hijo entra en el bar de la estación. Adrián mira la ruta, los camiones. Siente el ruido del gas que entra en el tanque. Se da vuelta y descubre a su hijo encorvado sobre la mesa y la gaseosa. El playero termina de cargar y le hace señas para que libere el surtidor. Adrián mueve el auto, estaciona frente al baño y casi que no se quiere bajar. Sabe lo que tiene que hacer, pero no quiere hacerlo. Respira hondo, se baja, entra en el bar y camina directo hacia Noah. Se controla para no levantar la voz.

—Sentate derecho —casi que ruega.

Su hijo lo mira. Se nota que se esfuerza, pero la joroba en la parte alta de su espalda le impide adoptar la postura exigida.

—No, no mires a alrededor.

—Papá...

—Shh... Hablemos bajo, mejor que no nos escuchen. Acordate lo que te dije: ésta es una provincia de porteños. Y nada le gusta más a los porteños que burlarse de la gente.

—El médico que vimos no era porteño, papá.

—¿Y qué tiene que ver?

—Que también se burló.

—Se burló porque no sabe una mierda. ¿Qué sabe ese médico? ¿Eh? ¿Qué dijo de nuevo? Que te tiene que hacer estudios. Qué bárbaro. Pavadas. Un montón de pavadas dijo. Seguro le molestó que le llevara la nota del doctor Araya. Un médico de Río Negro, al que no registra, le hace una sugerencia. Eso debe haberlo enojado. Aunque capaz no estaba enojado, los porteños son así.

—Pero no era porteño. Araya dijo que era de Tucumán.

—Lo mismo.

—No es lo mismo, papá.

—Te aseguro que sí. Debe llevar tantos años viviendo en Buenos Aires que ya se convirtió en un porteño más... de Tucumán no le queda ni el Valle de la Luna.

—Eso no es Tucumán, eso queda en San Juan.

El padre camina hasta el mostrador y paga la gaseosa de su hijo. Estira las piernas. Mira por los ventanales, los autos pasan en dirección al mar. Son como luciérnagas gigantes, piensa, aunque mucho más grandes. Vuelve a la mesa y le pregunta a Noah si tiene hambre.

—Decime y compro unas papas fritas o alguna otra cosa. Pero decime ahora, no quiero parar más. Es todo tan caro que elegí algo que nos engañe la panza. Algo pequeño porque hasta el gas es más caro acá que en Río Negro. No lo puedo creer. ¿Cómo va a ser más caro si están más cerca de todo y se subsidian a sí mismos?

Noah se para y camina hasta el mostrador.

—Recién tuve señal y le escribí a tu madre. Me preguntó cómo nos fue. No le dije nada. ¿Te parece bien? ¿Eh? Sí, a mí también. ¿Para qué decirle lo mismo de siempre?

Noah agarra dos turrone de maní. El cartel dice “OFERTA 2 x 1”. Se los da al padre para que los pague mientras aprovecha para ir al baño.

Noah camina por la pasarela del autoservicio hacia los baños. En la puerta del de hombres, una nena inquieta va y viene. Qué raro, sola, en la estación. Noah quiere preguntarle si está perdida, duda, ella levanta la vista. Se abre la puerta y sale el padre. Noah no alcanza a percibir si el hombre ya venía enojado o si se exaltó cuando lo vio cerca de su hija. La nena hace el gesto de tragar saliva, sonrío y trota para que el padre no le arranque el brazo.

Solo, frente a la puerta del baño, Noah se da cuenta de que está encorvado, con la espalda inclinada hacia adelante, con la joroba casi a la altura de la cabeza. “Sos un ángel caído y Dios te quiere recuperar”, le dijo su abuela una vez tratando de darle una explicación benévola y algo sobrenatural a esa malformación que parece, eso sí es verdad, producto de un gancho que tira hacia el cielo. Justo antes de cerrar la puerta, del lado de adentro del baño, Noah descubre a su padre apoyado contra el auto, también encorvado, en la posición que al fin y al cabo adoptan sus cuerpos cuando se relajan.

Lorena / Día 1 / 14:40 horas

Estación de Trenes. Retiro. Ciudad de Buenos Aires

Me gusta mirarlos. Dolores y Franco caminan cada uno con su bolso de mano. Mis hijos. En un bolso caben sus mundos. Ni más, ni menos. Un paso atrás, con una valija y una bolsa de tela, los superviso. Su andar es la pereza ejemplificada, un referente universal: rodeados de gente que se mueve de otra manera hay una sola pregunta: ¿es posible que encontremos la entrada al subterráneo? Acá le dicen “subte”, eso lo sé. En Europa le dicen “metro”. Se los dije a mis hijos y se rieron. Lo que faltaba, me repitieron, tener una madre progresista. Como saben que con eso me pinchan, ya me lo dicen por cualquier cosa.

Mejor una madre que te llene de azúcar y miedo pero no pretenda mucho, y menos cariño; una madre que cuando vuelvan pasados de caña se levante para prepararles el antídoto para la resaca. Eso pensé, pero no lo dije en voz alta. Todavía son chicos, no quiero que se salteen etapas.

Si soy sincera, debería apuntar que la llegada a Buenos Aires tiene todas las señales de los malos comienzos. Esta desorientación en Retiro me da estupor. Tampoco quiero escandalizar a los chicos pero Franco se escandaliza solo, este paso por Buenos Aires confirma sus temores por el fin del mundo. Con la excusa de los bolsos, no les doy la mano, si se las diera, se darían cuenta de lo nerviosa que estoy.

Digo “estupor” a falta de una palabra más precisa. Quizás debería usar una palabra en latín. Aclarar su etimología, desglosarla. Pero una madre progresista no apela al latín o al alemán, ni al

inglés, rancias lenguas imperiales. Tendría que volver a aprender la lengua de la abuela, pero la olvidamos por orgullo. Tampoco. Para qué. Pensando en la abuela de la abuela, en la criolla no en la india, podría decir “pavura”. Es una palabra heredada, de cuando pasó un día escondida en el aljibe porque los Colorados habían sitiado su rancharío. Me la reservo para la situación adecuada, es una palabra temible. Se me pierden los hijos, estoy siendo literal, tanta parrafada mental me inunda como el olor a pis en las recovas. Uf... son ellos los que se detienen y esperan que los alcance. Menos mal. Pobres. Franco está ilusionado, no paró de hablar del mar en las veinte horas que llevamos de viaje, siente que hay algo protector en la sal: que cura enfermedades, heridas; Dolores, en cambio, se la da de superada porque se metió al mar cuando tenía dos años. En fin, yo sé que a ella le hace tanta o más ilusión que a él. Espero que no les juegue una mala pasada la expectativa. Mis hijos. Dolores y Franco. Me gusta mirarlos.

Roxana / Día 1 / 15 horas

Ruta 11 / Paseo Costero Sur

Siempre vuelve a Miramar por el camino viejo, pero esta vez decidió terminar el viaje por la 11. Tampoco es que hizo un gran desvío. Y si lo hizo, ¿no es así la vida? Un desvío, un aplazamiento momentáneo de la muerte. Un aplazamiento de veinte años, sesenta, ochenta, no más. Todos los meses tiene que supervisar que el cáncer no sea más que una amenaza y un mal sueño. Así conoció a Martín, así se hizo la mujer fatal, la amante incondicional. Sonríe. Pero también se ató a los caprichos de un hombre que no puede abandonar su adolescencia. Adolescencia eterna que cree tanto en la pasión como en el amor. Como esas películas de enredos y de bajo presupuesto, se dejó ir y hacer sin pensar ni medir riesgos hasta que la frase creció tanto en su cabeza que se convirtió en un slogan. “Ya no quiero a mi marido, tampoco quiero un amante estable”. Roxana siente que recorre una ruta californiana mientras escucha su lista —*my playlist*— de canciones y se divierte cantando “Jolene” de Dolly Parton. Canta bien, suave, no grita y acierta la mayor parte de las notas. Son los clásicos *country* que suele usar con los estudiantes de los primeros niveles, para entrenar la oreja y distender las clases. A la altura del barrio Playa Serena, Roxana detiene el auto a un costado de la ruta. Se baja. Ríe, se dobla en dos. Llora. Tiene que volver a Mar del Plata. No por Martín. Está pendiente la consulta con el médico. Acaba de recordar. Además, va a volver a Mar del Plata porque ya no tiene dónde quedarse en Miramar. Antes de irse, hizo todo como para no volver a su casa.

Virginia / Día 1 / 15 horas

Ruta 2 km 20

—Todo va a estar bien, Tom —le dice Virginia a su hermano menor.

El malestar se manifiesta en la frecuencia exacta para que sea percibido en la cabina de adelante y no en la de atrás, donde viajan sus dos sobrinos, Nora y Kevin. Tomás la mira un segundo mientras mantiene la marcha firme, a setenta, atrás del camión de mudanzas.

—Me parece que no fue la mejor decisión —le responde a su hermana.

—¿Qué cosa?, ¿mudarnos?

—No, venir atrás del camión. Digo, no fue la mejor decisión. Lo vamos controlando, sí, pero no sé si me voy a bancar los cuatrocientos kilómetros con este nudo en el estómago.

—Tom, pensé que ya te querías volver. Vamos a aclarar algo, a la “mejor decisión” no la conoce nadie, siempre estamos improvisando.

—Tenés razón. Bueno, poné música, así por lo menos vamos escuchando algo.

Virginia pone play, suena “Better Together” de Jack Johnson.

—¿La vas a escuchar otra vez, tía Paty? —dice Nora.

—Sí, hasta que llegemos.

Mientras su hermano maneja, Virginia —la tía Paty— lleva los hilos, baja el parasol y espía a sus sobrinos por el espejo en el que simula medirse las ojeras. A Kevin lo controla fácil, su sobrino alterna celular y ventanilla. Nora está atrás suyo, es más difícil

de ver, pero la adivina poniéndose los auriculares para subrayar su rechazo. Virginia se da vuelta. Los chicos la ignoran. Su hermano finge concentrarse en el camión de mudanzas. Ella se muerde el labio inferior. Se está convirtiendo en lo que no quiere convertirse: en la tía que lo explica todo, en la que cree que las canciones sirven para unir.

Rubén y Mirtha / Día 1 / 15 horas

Autopista / Ruta 2 / En tránsito

Rubén le dice que va a parar para estirar las piernas. Lo que no le dice es que necesita fumar. Mirtha le dice que se detenga. Que no tiene ningún problema, pero Rubén no se detiene y sigue manejando.

—¿Y?, ¿dónde va a parar mi querido *chifonier*?

La afectación extranjera que tenía en el hablar se perdió en la sumatoria de mojones y a un promedio de 130 km/h, piensa Rubén y se ríe por dentro. Vieja engreída, piensa también, pero tiene que esforzarse para que Mirtha le caiga mal. La verdad es que le cae bien. No entiende mucho lo que dice, pero le cae bien.

—No, *madame*, pensaba cumplir mi rutina. Paro después del peaje y me fumo un pucho. ¿Sabe? Si necesita ir al baño, los peajes tienen baño. Son cosas que se aprenden en la ruta. Y en las carreras. No sé si todos saben lo de los baños.

Rubén le guiña el ojo por el espejo.

—Baños, peajes, qué locura, ya extraño Quebec —dice Mirtha.

—¿Qué? ¿No hay peajes en Quebec?

Quebec, Quebec, repite la cabeza de Mirtha.

—En Canadá te morirías, querido. He pasado tres meses en una ciudad subterránea sin poder asomarme. Y al que prendía un pucho —Mirtha golpea las manos—, ¡al hielo!

—Así que por un pucho te mandaban a Siberia.

—No, querido, eso es Rusia.

Rubén se queda en silencio.

—Como el guiso, acordate, Gulag, Siberia, Rusia —agrega Mirtha.

—Mirtha, no la quiero contradecir, me parece que es goulash.

—Mejor, sí, no me contradigas. Vos sos muy joven.

Se quedan callados. Hace rato que nadie lo considera joven. Desde que se retiró la vejez es algo que avanza, como las sombras de los edificios que se comen las playas a media tarde.

El locutor de la 107, la FM de la autovía 2, dice que hubo un accidente a la altura de Castelli. Un camión de pasajeros chocó una camioneta utilitaria que cambiaba la goma de auxilio. No hay heridos pero sí una demora por mano única.

—Ya casi estamos, *madame Quebec*.

Rubén aminora la velocidad. Busca el puesto de peaje que dice “Telepase”. La barrera se levanta automáticamente y poco después de pasar, detiene el auto a un costado. Se saca el cinturón y sin hablar ni mirar para atrás se baja. Se apoya en el capot. Saca el paquete de Marlboro y enciende uno. Aspira. Huele el cemento, el caucho, la nafta. Se adormece en el ruido de los camiones que aceleran, en los autos que mueven la grava.

—¿Dónde está el baño, querido?

Rubén señala una construcción diez metros más adelante. La mira. No exagera: realmente se volvería loco si no parara a fumar. A él le gusta manejar y que lo miren manejar. Nunca se quedaría en su casa tranquilo ni haría trabajo de oficina, haría lo que fuera con tal de salir a la ruta. Es lo único que siempre supo hacer bien, manejar. El asfalto es su vida, por eso se contiene, por eso viaja siempre de día. De noche se descontrola y, sin radares que lo detecten, se dedica a pisar el acelerador a fondo y ahí la cosa se pone seria. Antes necesitaba la adrenalina de la velocidad. Pero ya no más. Está curado. Limpio, como un adicto lleva sesenta y seis días sin poner el Mercedes Benz a más de 180 km/h.

Ya piensa en el regreso. Mejor vuelvo mañana temprano. O pasado. Rubén juntó francos para hacer lo que quiera. Pero, ¿qué es lo que quiere? En esos pensamientos está, disfrutando del

humo que sale de su boca cuando la ve salir del baño. Mirtha lo mira como si no lo reconociera. Camina desorientada. Mira para un lado y para otro. Camina para la ruta.

—¡Mirtha! —le grita Rubén y consigue detenerla.

Ella levanta la mano, como si recién bajara del avión.

—Querido, ¿dónde te habías metido?

Rubén se ríe.

—¿Me está cargando, *madame*?

Mirtha sonríe y se mete en el auto sin decir nada. Rubén tira el cigarrillo por la mitad.

—¡*Santé, Montreal!* —grita Mirtha cuando Rubén pone cuarta y encara el carril rápido.

Lorena / Día 1 / 15:05 horas

Subte C. Retiro-Constitución

Ánimo Lorena: falta el último tramo, hacer tiempo hasta subir a otro tren en Constitución y finalmente llegar. Siempre estamos llegando. Me gusta llevar el ritmo de mis hijos. A paso firme. Aunque a veces los pierda. Me gusta mirar lo que ellos miran. El subte nos espera con las puertas abiertas. Me siento al lado de ellos y los miro en el reflejo de la ventanilla. De a poco se junta gente que desde el andén entra al vagón. En el pasillo se para un jovencito, algo extraño, el pelo muy corto y transparente, tal vez albino. Le veo los codos resecos y escucho una voz aniñada, torpe. Dolores sonrío: mi hija aprueba esa voz. Detrás de todo su pragmatismo sigue siendo inocente, que poco me hace acordar a mí. ¿Alguna vez yo fui así? El chico albino dice que no tiene trabajo y que por eso va a cantar para nosotros. El subte arranca y él acomoda la espalda contra el caño para no desestabilizarse. Empieza a tararear, afina la guitarra, canta. Está bien, todo está bien, pero no soy tan progresista como para considerar esto “trabajo”. Franco podría ser ese chico. El chico albino tiene buena ropa. No me cierra que un chico así mendigue. La guitarra llena el vagón y su voz nos sorprende a todos. ¿Cuántos son locales? ¿Cuántos foráneos? La voz del muchachito es parroquial y prístina; potente, contagiosa. Qué raro. Todos conocen la canción, pero casi ninguno podría decir su nombre. Se nos pone la piel de gallina. Creo que es “What’s up”. Lo veo tambalearse y me da aprehensión. Termina. Por fin. Aplaudo. Suspiro. Cuando hay música me eximo de supervisar a mis hijos, me dejo llevar y de a poco el

entusiasmo vuelve a mi alma. Son varias las circunstancias en las que dejo de supervisarlos, traté de hacer bien el trabajo hasta los siete años, ahora que ya duplican, me tomo mis licencias. Dolores y Franco aplauden y me miran para ver si está bien aplaudir, el jovencito albino, ya sin su canción, vuelve a ser frágil y tímido. Nadie da un peso por él.

Adrián y Noah / Día 1 / 17 horas

Ruta 2 / km 282 / Maipú

Con las primeras gotas contra el parabrisas, Adrián pone las balizas y desliza el auto hacia la zona de estacionamiento, después del peaje de Maipú.

—Sabés, Noah, me gusta la lluvia. La gente se encorva. El agua los hace doblarse instintivamente. El agua nos joroba a todos. ¿Lo notaste?

—No lo noté, igual me causa gracia, “nos joroba a todos”, “como el gobierno”, diría la abuela.

—Sí. Yo me di cuenta solo y me hizo bien. Por eso me gusta la lluvia. Y por eso te lo digo. Ojalá el abuelo me lo hubiera dicho. Pero bueno, era otra época, ni siquiera él sabía que estaba enfermo. En fin, esperame acá. No te bajes, abrí la ventanilla un poco si querés.

Adrián sí baja. La lluvia —es exagerado llamar lluvia a esa nube pasajera— le moja el pelo, le cae por la nuca, le da frío, lo eriza. Pero no es una lluvia copiosa. Es breve, son gotas.

—Te voy a decir algo, hijo. El auto que nos rozó en el embotellamiento, ¿nos pasó de largo? Hay que mirar en detalle, buscar en la chapa. ¿Dijo que iba a parar acá o yo estoy mal?

—Dijo eso.

El hijo se baja. Son parecidos físicamente, casi iguales. Tienen los mismos defectos físicos, las mismas tristezas.

—Quedate adentro, Noah.

—Quiero mojarme, papá.

Los dos miran hacia los peajes. Ven las luces de los autos que salen de pagar por circular. Esperan que alguno de los autos se detenga.

—Lo más gracioso es que después de la GNC te dije que no parábamos más. Y acá estamos...

—No le hizo nada al auto —le dice el hijo que mira la parte de atrás.

Adrián se acerca. Parece que se inclinaran, pero es su postura natural.

—Este rayón... —dice el padre y pasa la mano.

—Ya estaba.

El padre mira al cielo. Ya ni siquiera llueve.

—Sí. Es cierto. Ya estaba. ¿Y si seguimos?

—No, tengo que ir al baño.

—¿Otra vez?, ¿vos no tendrás la vejiga jorobada?

Noah camina en silencio, no hace falta que hable.